

# Breve presentación de la filosofía del lenguaje de Wittgenstein

**Kenneth Moreno May<sup>1</sup>**  
Universidad de Cartagena

## Resumen

En este trabajo pretendemos hacer una presentación de las reflexiones críticas de Wittgenstein en torno a la visión tradicional del lenguaje como una estructura cognitiva compuesta por reglas y por elementos asociados a cosas en la realidad. Nuestros dos motores expositivos serán el análisis que hace Wittgenstein de las expresiones que denotan sensaciones privadas, y su reflexión sobre el significado de la expresión “seguir una regla”. Al final esperamos ofrecer una visión panorámica de la visión del lenguaje que Wittgenstein nos propone y su relación con nuestras formas de vida.

**Palabras clave:** Wittgenstein, lenguaje, significado, reglas, formas de vida.

## Abstract

In this work we aim to make a presentation of Wittgenstein's critical reflections around the traditional view of the language as a cognitive structure composed by rules and for elements associated to things in the reality. Our two expositive motors will be the analysis Wittgenstein makes about the expressions denoting private sensations, and his reflection on the meaning of the expression “to follow a rule.” To the end we hope to offer a panoramic view of the language concept Wittgenstein proposes and its relationship with our way of living.

**Key words:** Wittgenstein, language, meaning, rules, way of living.

---

<sup>1</sup> Graduado del programa de Filosofía de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad de Cartagena y actualmente docente del mismo programa. Correo-e: khelicerata@yahoo.es

Fue Aureliano quien concibió la fórmula que había de defenderlos durante varios meses de las evasiones de la memoria. La descubrió por casualidad. Insomne experto, por haber sido uno de los primeros, había aprendido a la perfección el arte de la platería. Un día estaba buscando el pequeño yunque que utilizaba para laminar los metales, y no recordó su nombre. Su padre se lo dijo: «tas». Aureliano escribió el nombre en un papel que pegó con goma en la base del yunquecito: “tas”. Así estuvo seguro de no olvidarlo en el futuro. No se le ocurrió que fuera aquella la primera manifestación del olvido, porque el objeto tenía un nombre difícil de recordar. Pero pocos días después descubrió que tenía dificultades para recordar casi todas las cosas del laboratorio. Entonces las marcó con el nombre respectivo, de modo que le bastaba con leer la inscripción para identificarlas. Cuando su padre le comunicó su alarma por haber olvidado hasta los hechos más impresionantes de su niñez, Aureliano le explicó su método, y José Arcadio Buendía lo puso en práctica en toda la casa y más tarde lo impuso a todo el pueblo. Con un hisopo entintado marcó cada cosa con su nombre: mesa, silla, reloj, puerta, pared, cama, cacerola. Fue al corral y marcó los animales y las plantas: vaca, chivo, puerca, gallina, yuca, malanga, guineo.

En este renombrado pasaje de *Cien años de soledad* se expone una visión, muy acorde con el sentido común, de la naturaleza y función del lenguaje. El lenguaje está compuesto de nombres para cosas y su función es representar esas cosas. Las palabras, por tanto, tienen un contenido cognitivo, eso que nosotros llamamos su significado. Estos significados son los verdaderos protagonistas de los procesos del lenguaje, procesos que se llevan a cabo a través de un reino mentalista donde las palabras se asocian a esos significados por medio de conexiones mentales. Desde esta perspectiva comprender una palabra es tener una regla que nos permita alinear un sonido con un contenido mental, y de allí asociarlo con una cosa. En el caso de las oraciones la comprensión también se encuentra relacionada con la asociación de una configuración fonética con una regla gramatical cognitiva presente en nuestra mente. De esta manera, hablar es dejarnos determinar lingüísticamente por reglas precisas de la gramática del lenguaje que se encuentran fijas en nuestro cerebro. Si nos atenemos a esta imagen, es obvio entonces cómo un problema de pérdida de memoria pudo ocasionar tantos inconvenientes en Macondo.

Esta visión es un representante, más o menos fiel, de la imagen tradicional que sobre el lenguaje tuvo la filosofía y la lingüística por

mucho tiempo. Aun hoy, con severos matices y profundas revisiones, retazos de esta visión general ocupan un lugar central en las teorías lingüísticas contemporáneas. Cuando escuchamos el título del libro de Ludwig Wittgenstein, *Investigaciones Filosóficas*<sup>2</sup>, poco nos imaginamos que su principal objetivo sea el desmonte de esta imagen tradicional del lenguaje. De hecho, toda la filosofía tardía de Wittgenstein debe comprenderse, en su mayor parte, como una exposición crítica de esta visión y el desarrollo de las consecuencias de su rechazo. Podemos citar, para dar ejemplos, un par de pasajes: “Se piensa que aprender el lenguaje consiste en dar nombres a objetos. A saber: a seres humanos, formas, colores, dolores, estados de ánimo, números, etc. Como se dijo: nombrar es algo similar a fijar un rótulo en una cosa” (IF, § 26).

Y parece sorprendente que encontremos también una cuasi macondiana reflexión sobre la memoria y su supuesta relación con el lenguaje:

¿Y qué si [...] nos grabamos, por ejemplo, el color que designa una palabra?

—“Y si nos lo grabamos, entonces se pone ante el ojo de nuestra mente cuando pronunciamos la palabra. Así pues, tiene que ser en sí indestructible si tiene que darse la posibilidad de que la recordemos en todo momento.”

—¿Pero qué consideramos el criterio de que la recordamos correctamente?— Cuando trabajamos con una muestra en vez de con nuestra memoria, decimos bajo ciertas circunstancias que la muestra ha cambiado de color y juzgamos esto con la memoria. ¿Pero no podríamos bajo ciertas circunstancias hablar también de un oscurecimiento (por ejemplo) de nuestra figura mnémica? ¿No estamos tan a merced de la memoria como de una muestra? (Pues alguien pudiera querer decir: “Si no tuviéramos memoria, estaríamos a merced de una muestra”). (IF, § 56)

En este trabajo pretendemos hacer una presentación de las reflexiones de Wittgenstein en torno a la visión tradicional del lenguaje que hemos expuesto aquí. No nos ocuparemos del tema de la memoria propiamente hablando, sino de otros temas igual de importantes. Nuestro objetivo no es presentar exhaustivamente la filosofía de Wittgenstein,

---

<sup>2</sup> Los textos de Wittgenstein utilizados son: *Investigaciones Filosóficas* (IF), *Sobre la Certeza* (SC), *Observaciones sobre los fundamentos de las matemáticas* (OFM). Su referencia completa se encuentra en la Bibliografía. Me referiré a ellos con el código en mayúscula y el aforismo correspondiente a la cita.

sino mostrar aquellos detalles que, en primer momento, se muestran directamente relacionados con la crítica de la visión del lenguaje antes expuesta. En I y II haremos una presentación de algunos de los resultados de las reflexiones de Wittgenstein en las *Investigaciones Filosóficas*, tal vez haciendo esporádicas referencias a otros textos. Nuestros dos motores expositivos serán el análisis que hace Wittgenstein de las expresiones que denotan sensaciones privadas y su reflexión sobre el significado de la expresión “seguir una regla”. Al final esperamos ofrecer un panorama de la visión del lenguaje que Wittgenstein nos propone y su relación con nuestras formas de vida.

## I

Hemos expuesto una visión del lenguaje que puede resumirse en breves ideas:

- El lenguaje es primordialmente un conjunto de nombres asociados a objetos. Existe un mecanismo mental que garantiza, por medio de reglas cognitivas, esta asociación palabras-cosas.
- Estas reglas cognitivas también posibilitan la sucesiva construcción de infinitas oraciones con este finito material que son las palabras.
- Existe entonces una conciencia prelingüística que garantiza la permanencia y funcionamiento de estas reglas.
- La comprensión de una expresión entonces debe entenderse como posible sólo a través de la aprehensión racional de estas reglas.

En las *Investigaciones Filosóficas*, Wittgenstein discute con su *alter ego* los detalles de esta visión y los espejismos que ella genera. Hay que tener en cuenta que el objetivo de Wittgenstein es *filosófico*: él espera describir nuestra relación con el lenguaje de tal manera que podamos tomar una actitud *crítica* frente a los problemas teóricos de la filosofía y las ciencias tradicionales, pues no sólo la filosofía, sino la psicología, la matemática y la lingüística son sus objetivos implícitos. Los problemas y las teorías de estas ciencias son para Wittgenstein castillos de naipes que nos impiden ver con claridad los amplios fenómenos de nuestra propia vida, entre los cuales se encuentra el lenguaje.

Uno de los castillos de naipes que Wittgenstein intenta asolar es el del significado de los términos que parecen denotar procesos, objetos o

experiencias interiores. La imagen tradicional afirma que, expresiones tales como “dolor”, son palabras descriptivas de una cosa que sobrellevamos. El significado de estas palabras debe entenderse por tanto en relación con un estado o proceso mental (la cosa mental que denotan). Tal significado es entonces de cierto modo privado, ya que se refiere a experiencias a las cuales sólo el sujeto que las padece tiene acceso. Prueba de esto sería su inalienabilidad y su comunicabilidad: un dolor es sólo mío, nadie me lo puede quitar y sólo yo puedo comprenderle. Decir “tengo un dolor” sería la descripción cognitiva de un estado interno, por lo que la expresión “sé que tengo un dolor” sería la afirmación de un “estado” de mi intelecto.

Esta forma de analizar palabras como “dolor” es bastante sugestiva y muestra una obvia claridad. Pero lo que hay en el fondo de esta idea es que las cuestiones referentes al significado de todas las palabras pueden ser analizables por medios intelectuales mentales alejados de las acciones o comportamientos socialmente constituidos. Wittgenstein realiza sobre esta idea una serie de críticas sucesivas. La primera tiene que ver con la imagen del lenguaje en su totalidad como un conjunto de elementos denotativos, de nombres. Esta idea está a la base del análisis anterior, pues, al igual que palabras que se refieren a objetos físicos, creemos que palabras como “dolor” también deben pertenecer a una suerte de objeto: “Donde nuestro lenguaje hace presumir un cuerpo y no hay un cuerpo, allí, quisiéramos decir, hay un espíritu” (IF, § 36). Esto está conectado con la concepción del nombrar como un proceso oculto, por así decirlo. Nombrar aparece como una extraña conexión de una palabra con un objeto: “[...] Y ahí podemos figurarnos ciertamente que nombrar es algún acto mental notable, casi un bautismo de un objeto” (IF, § 38).

La reflexión de Wittgenstein girará en torno a la posibilidad de que estas expresiones no se puedan explicar por un mecanismo tan básico como la relación de un nombre con una cosa:

Bien, ¡uno cualquiera me dice que él sabe lo que es dolor sólo por su propio caso! —Supongamos que cada uno tuviera una caja y dentro hubiera algo que llamamos “escarabajo”. Nadie puede mirar en la caja de otro; y cada uno dice que él sabe lo que es un escarabajo sólo por la vista de su escarabajo. —Aquí podría muy bien ser que cada uno tuviese una cosa distinta en su caja. Sí, se podría imaginar que una cosa así cambiase continuamente. —¿Pero y si ahora la palabra “escarabajo” de estas personas tuviese un uso? —Entonces no sería el de la designación de una cosa. La cosa que hay en la caja no pertenece en absoluto al juego de lenguaje; ni siquiera como un algo: pues la caja podría incluso estar vacía. (IF, § 293.).

Wittgenstein realiza aquí un giro: el significado de expresiones como “dolor” no se encuentra en ser denotativos, sino en la función que cumplen dentro de nuestras actividades y dentro de nuestra vida. ¿Qué sucede entonces con la palabra “dolor”, o con expresiones como “tengo un dolor” o “nadie más comprende este dolor”? ¿Cómo son usadas? ¿Si no funcionan como denotativos de objetos o procesos, entonces, cómo deben entenderse? ¿Cómo explicamos el significado de “me duele”? ¿Qué pasa con “yo sé que tengo un dolor”? Wittgenstein parece entender expresiones como “dolor”, no como descripciones de estados internos, sino como manifestaciones de lo que se siente (Cfr., por ejemplo, IF, § 244). Dicho con más claridad, aquí la función del lenguaje no es esencialmente referencial-informativa, sino más bien expresiva. Ellas sustituyen el grito u otras expresiones de dolor. Nosotros aprendemos estas expresiones por medio de la observación de la conducta de los otros, estableciendo relaciones entre sus comportamientos lingüísticos y nuestras sensaciones. Pero no existe un objeto interno al que corresponda la palabra dolor. Más bien, el significado de la palabra se encuentra relacionado con el aprendizaje público a partir del cual hemos captado su significado. Es decir, a partir del cual hemos sido adiestrados en el uso de esa palabra como una herramienta lingüística.

Para Wittgenstein lo que subyace a tal perspectiva que pretende postular la existencia de un objeto o proceso interno mental de carácter privado es un enredo lingüístico provocado por una serie de asociaciones gramaticales infundadas que llena nuestro entendimiento de metáforas irreflexivas. Wittgenstein, en cambio, pretende haber detallado una diferencia gramatical entre expresiones falsamente equivalentes de un lenguaje. La expresión “tengo un dolor” se asemejaría a “tengo un carro”, de tal forma que un *uso* particular del verbo “tener” se generaliza y se fosiliza. Esto oculta las diferencias gramaticales entre nuestras expresiones y causa que consideremos erróneamente nuestros variados usos del lenguaje. Wittgenstein pretende destruir estas “ansias de generalidad” gramatical que se encuentran en nuestras formas de pensar, y nos pide que intentemos ver los fenómenos lingüísticos, no bajo el velo de ansiedades explicativas, sino observando el papel que cumplen en nuestra vida cotidiana.

Ahora bien, Wittgenstein con esto no niega que haya procesos mentales, ni experiencias privadas internas; lo que niega es que estas experiencias puedan ser el eje cognitivo que determine el significado de las expresiones lingüísticas. Desde esta perspectiva, la expresión “yo sé que tengo un dolor” carece de sentido, si con ella queremos decir que la experiencia que tenemos es intelectual, un saber como cualquier otro saber empírico. Existen procesos internos, afirma

Wittgenstein, pero la significatividad de las palabras asociadas a ellos es pública.

En efecto, según nuestro autor, uno de los problemas con esta visión es que, si consideramos palabras como “dolor” como descripciones denotativas de estados internos privados, careceríamos de un criterio de corrección para ellas. La diferencia entre usar bien o usar mal una expresión no tendría sentido, ya que *creer* usarla bien y usarla mal serían lo mismo. No habría un referente externo, una regla objetiva con la cual contrastar mi creencia. Si mi memoria falla, estoy condenado a vagar en el caos de mi propio mundo privado. Para Wittgenstein, en cambio, el significado de la palabra dolor es dependiente, desde el punto de vista normativo, de la manera como aprendo a utilizar esta palabra y de las conductas públicas para reconocer el dolor. Esto es lo que Wittgenstein afirma cuando sostiene que “un ‘proceso interno’ necesita criterios externos” (IF, § 580). El punto aquí es que si las personas, por ejemplo, no fueran capaces de manifestar el dolor por medio del grito, no seríamos capaces tampoco de enseñar a un niño la expresión “dolor”.

El lenguaje, por lo tanto, está esencialmente ligado con la naturaleza social de nuestro comportamiento. Se encuentra unido a la acción y a la propia regularidad de nuestros comportamientos primitivos. No es tanto un aparato lógico-racional, sino una destreza social, una especie de juego en donde nosotros aprendemos sus reglas por medio del contacto con los miembros de una comunidad. No es posible explicar el lenguaje por medio de mecanismos cognitivos de un pensador aislado. De hecho, podemos afirmar, siguiendo a Wittgenstein, que la creencia en estos mecanismos es una suposición, si no falsa, innecesaria. Una suposición que nos llena de problemas difíciles de resolver, de quimeras conceptuales que nos enredan la vida. A partir de aquí podemos ver en el estudio de Wittgenstein una reflexión ética. Es decir, una reflexión que intenta enseñarnos modos de vivir mejor.

El afán teórico de explicación es el que nos obliga a buscar un objeto o estructura interna que sirva de eje cognitivo de nuestra práctica cotidiana. Para Wittgenstein, en cambio, el lenguaje no necesita explicación, ya que no es una cosa, sino una relación entre humanos. Lo que el lenguaje necesita es una descripción de sus variados fenómenos y su relación con otros fenómenos de nuestra vida. Wittgenstein considera que el lenguaje no es un constructo cognitivo, sino una manera de vivir antropológicamente circunscrita. El lenguaje entonces se fundamenta no en términos de estructuras ideales de conciencia, sino en comportamientos instintivos (o aprendidos socialmente)

que nos permiten una interacción con nuestro entorno físico y social. El lenguaje nos dota de un instrumento para confrontar la realidad y hacerla nuestra. El lenguaje es un instrumento, una forma de ver. Con el lenguaje nosotros volvemos al mundo, un mundo humano. A este respecto nuestro autor afirma: “Puede imaginarse fácilmente un lenguaje que conste sólo de órdenes y partes de batalla. —O un lenguaje que conste sólo de preguntas y de expresiones de afirmación y de negación. E innumerables otros. —E imaginar un lenguaje significa imaginar una forma de vida” (IF, § 19).

Las inmensas y complejas consecuencias de esta postura, que coloca el instinto a la base de toda racionalidad comunicativa, son imposibles de tratar aquí, pero lo cierto es que la perspectiva de Wittgenstein nos permite revalorizar nuestra relación con el lenguaje. Una relación que ha sido menospreciada al ser reducida a una mera “expresión del pensamiento”. Desde este punto de vista, en cambio, el lenguaje es una destreza y una capacidad, más que un sistema de signos con reglas articulativas. En este sentido, Wittgenstein apunta que la gramática de las palabras “saber” y “comprender” está emparentada muy de cerca con la gramática de las palabras “poder”, “capacidad”, “destreza” (Cfr.: IF, § 150). Esto nos lleva a la segunda reflexión.

## II

Aún considerando que el lenguaje no es un conjunto de nombres para cosas, podríamos seguir pensando en el lenguaje como una estructura cognitiva gramatical de reglas que determina nuestra competencia lingüística como los raíles de las vías determinan el curso de un tren. Nuestro lenguaje estaría así predeterminado por la estructura interna de esta máquina sintáctico-semántica que todos llevamos dentro. Comprender una expresión lingüística sería, de esta manera, reconocer que ella está bien formada de acuerdo con esa maquinaria gramatical inconsciente. Pero para Wittgenstein la creencia en reglas o maquinarias que nos determinan surge del hecho de que creemos que nuestro entendimiento *conoce* más de la regla de lo que realmente podemos explicar de ella (que es muy poco), y que, por tanto, la regla es algo independiente de nuestro propio comportamiento, algo objetivo que tenemos en la cabeza.

Según Wittgenstein, la regla no es nada más allá de lo que podemos explicar, es decir, un comportamiento que hemos aprendido mediante una interacción intersubjetiva. Para él, entonces, nuestro comportamiento no está determinado por reglas, sino que es un *saber hacer* instintivo. Llegamos a esta conclusión a través de un razonamiento bastante peculiar: si aceptamos que nuestro comportamiento

lingüístico está determinado por reglas tendríamos que llegar a la conclusión de que tales reglas nos obligan de alguna manera. Pero decir que las reglas nos obligan es trasladar el problema, pues, ¿qué nos obliga a aceptar las reglas? ¿Tendremos que imaginar una segunda regla que nos obligue a aceptar la legitimidad de la primera regla?

La respuesta de Wittgenstein a este dilema es sencilla. Nuestros comportamientos lingüísticos *no pueden* estar determinados por regla alguna. De hecho, según nuestro autor, ninguna acción humana puede estar *determinada* por una regla. Esto es así pues, según Wittgenstein, toda regla requiere ser interpretada para ser aplicada: las reglas son formulaciones generales vacías y ellas no determinan su propia aplicación a solas; necesitan de una interpretación dada por el propio individuo que la aplica, ya que, de hecho, cualquier comportamiento puede acomodarse a cualquier regla: “Por muchas reglas que me indiques, yo siempre te doy una regla que justifica *mi* uso de tus reglas” (OFM parte I , § 113). Lo que es peor, tampoco es posible entender cómo una interpretación nos ayude, ya que esta interpretación, necesaria para la comprensión de la regla, se debe dar en forma de otra regla. De aquí se sigue algo obvio: cualquier interpretación dada en forma de una segunda regla nos obligaría a tener, en principio, una tercera regla que nos ayude en su interpretación<sup>3</sup>. La regresión al infinito que esto supondría nos obliga a concluir que nuestro comportamiento no puede estar *determinado* por reglas.

Lo que Wittgenstein propone es la primacía de un “saber cómo” en forma de una destreza aprendida no determinada por regla alguna. En este sentido, en los *Cuadernos marrón y azul*, Wittgenstein hace la distinción entre “actuar *determinado por* una regla” y “actuar *de acuerdo* a una regla”; su tratamiento del tema en este texto y en las *Investigaciones Filosóficas* sugiere que la expresión “seguir una regla” debe interpretarse más bien como un actuar *de acuerdo* a reglas. En pocas palabras, existen reglas, pero ellas no se deben entender como ajenas al mismo acto que regulan, que, como hemos visto, ha sido aprendido socialmente. No hay un reino mental o semántico que determine mi actuar desde fuera:

---

<sup>3</sup> Estas afirmaciones necesitarían de discusión por sí solas; son parte de la larga discusión en torno al sentido que Wittgenstein deseaba darle a su reflexión en torno a la expresión “seguir una regla”. Clarificar con detalle esta discusión ameritaría todo un artículo independiente, por lo cual esto sólo se esbozará aquí. Entre los muchos esfuerzos por elucidar este tema resalta la polémica interpretación de Saul Kripke (1995).

“Todos los pasos ya están realmente dados” quiere decir: ya no tengo elección. La regla, una vez estampada con un determinado significado, traza las líneas de su prosecución a través de todo el espacio. —Pero si algo así fuese realmente el caso, ¿de qué me valdría? No; mi descripción sólo tenía sentido si se entendía simbólicamente. —Así es como me parece— debí decir. Cuando sigo la regla, no elijo. Sigo la regla ciegamente. (IF, § 219).

Lo que afirma aquí es que detrás de nuestra interpretación, de nuestro “saber cómo”, no hay ningún concepto superior explicativo. Wittgenstein es lapidario, la cadena de razones debe terminar en algún lugar, y lo que queda después de esto es simplemente la manera como actuamos. Pero esto se presenta como un problema, pues cuando Wittgenstein afirma que uno sigue las reglas ciegamente se podría pensar entonces que el seguir las reglas es algo que cada cual hace por su cuenta de manera individual y caprichosa. Entonces quedaría sin ser explicado el carácter regular de nuestro comportamiento lingüístico. Una pista para resolver esto la podemos encontrar de nuevo en el tratamiento que nuestro autor hace de la expresión “seguir una regla”. Para él, la regla sólo puede entenderse a través de un uso estable. La noción de regularidad y de regla son nociones interdependientes, y la noción de regularidad remite a su vez a un comportamiento aprendido: “Las palabras ‘lenguaje’, ‘proposición’, ‘orden’, ‘regla’, ‘operación de cálculo’, ‘experimento’, ‘seguir una regla’ remiten a una técnica, a una costumbre (OFM, parte VI, § 43)”.

Seguir una regla remite entonces a un uso estable de naturaleza *social*. Tenemos entonces que, previo a la determinación de cualquier regla, se encuentra una interpretación de ella, y para Wittgenstein esta interpretación es una destreza aprendida en la acción. Es en la acción donde interpretación y aplicación se encuentran en la concepción de la regla. El lenguaje entonces no se puede entender aislado del contexto humano de acciones e instituciones de aprendizaje. En este sentido, no se puede seguir caprichosamente reglas, o creer que seguir reglas es una acción determinada por un mundo ontológico, objetivo o privado, que es el que guía nuestra acción: es en cambio el simple adiestramiento social en el uso de palabras lo que nos permite adquirir las reglas entendidas como usos estables.

Buscar una justificación a nuestra conducta más allá del adiestramiento social es una confusión provocada por formas irreflexivas de ver el pensamiento y el lenguaje, o de la representación simbólica que nos hacemos de ambos. En efecto, los símbolos lingüísticos y las reglas sintáctico-gramaticales que rigen su comportamiento nos su-

gieren la falsa imagen de ser encarnaciones simbólicas de máquinas mentales u ontológicas que determinan nuestra actividad de hablar. En cambio, en la reflexión que Wittgenstein nos ofrece el uso de símbolos lingüísticos sólo se comprende como una actividad en la cual los seres humanos se ven envueltos y que a su vez está contextualizada en otras actividades.

En la medida en que *reconocemos* las mismas reglas y nos comportamos no determinados por ellas, sino de acuerdo a ellas, nos reconocemos miembros de una comunidad humana. No podemos evitar seguirlas, pues ellas configuran nuestra red coherente de creencias humanas, una urdimbre cuyos hilos nos definen como animales sociales con lenguaje. Desde este punto de vista, de nuevo, no podemos entender el lenguaje sino como una actividad humana entre otras:

Se dice a veces: los animales no hablan porque les falta la capacidad mental. Y esto quiere decir: “no piensan y por eso no hablan”. Pero: simplemente no hablan. O mejor: no emplean el lenguaje —si prescindimos de las formas más primitivas de lenguaje.—Ordenar, preguntar, relatar, charlar pertenecen a nuestra historia natural tanto como andar, comer, beber, jugar. (IF, § 25).

### III

La enseñanza que todo esto pueda traer para el estudio de la lingüística teórica puede resultar ya evidente. Sin embargo, creemos que se pueden resaltar algunos detalles reflexionando alrededor de la conocida metáfora de Wittgenstein: el lenguaje es un conjunto de “juegos de lenguaje”:

1. Cuando nuestro autor habla de “juegos de lenguaje” la expresión sugiere que el significado de una expresión no se puede resolver sino analizando las condiciones contextuales de su uso. Condiciones que se conectan con su relación con el resto del lenguaje (el significado de un ficha de ajedrez sólo es posible comprenderlo analizando su papel al interior del juego), pero también con nuestro propio comportamiento (una pieza de madera no es una pieza del ajedrez hasta que se le usa como tal). Para Wittgenstein, entonces, una palabra tiene significado sólo en el contexto de un juego de lenguaje, de una actividad, lo que nos lleva a considerar como unidad mínima del significado no ya la palabra, ni la oración, sino el juego de lenguaje como tal. Tal concepción holística del significado puede integrarse muy bien al campo de estudio de la lingüística. Un análisis del

significado de una expresión debe, por tanto, no sólo tener en cuenta los determinantes semánticos de tal palabra, sino su conexión con otras palabras, y la función de la palabra en el contexto de las actividades humanas. Para Wittgenstein, la dimensión semántica del lenguaje no se puede comprender sin la dimensión pragmática, y esto implica que seamos conscientes del papel que cumple la palabra en nuestra vida<sup>4</sup>.

2. Además, el plural de “juegos del lenguaje” permite reconocer que existe una diversidad de funciones del lenguaje y que es necesario, para comprenderlo, hacer énfasis en esta pluralidad y en las diferencias entre los diversos juegos de lenguaje. Hemos visto como se aplica esto para el caso de las palabras “tener” y “dolor”. Para Wittgenstein, el afán de generalidad y de búsqueda de lo común que caracteriza la estrategia teórica de la filosofía y las ciencias es un error, pues tiende a ser injusto con los múltiples y diversos fenómenos que constituyen el lenguaje<sup>5</sup>: “Piensa en las herramientas de una caja de herramientas: hay un martillo, unas tenazas, una sierra, un destornillador, una regla, un tarro de cola, cola, clavos y tornillos.— Tan diversas como las funciones de estos objetos son las funciones de las palabras. (Y hay semejanzas aquí y allí)” (IF, § 11.). Aquí no sólo queda claro lo importante de la diversidad de los fenómenos del lenguaje, sino cómo esta diversidad se conecta con el uso como característico del significado. De nuevo es la infinita diversidad de usos la que primordialmente define el significado. De esta manera nos alejamos de esa visión del lenguaje como un simple medio de representación y sugiere que lo importante es captar diferencias, garantizar que la diversidad de los fenómenos lingüísticos sea descrita, pues “el lenguaje es un laberinto de caminos. Vienes de un lado y sabes por dónde andas; vienes de otro al mismo lugar y ya no lo sabes” (IF, § 203.).

---

<sup>4</sup> Compárese esta reflexión con el siguiente texto de *Cien años de soledad*: “Entonces entendieron que tal vez con la enfermedad no sólo olvidarían los nombres sino también la utilidad de las cosas. Así que, por ejemplo, colgaron de la cerviz de la vaca este letrado: «Esta es la vaca, hay que ordeñarla todas las mañanas para que produzca leche y a la leche hay que hervirla para mezclarla con el café y hacer café con leche»”.

<sup>5</sup> Esto no quiere decir que no haya algo común en los fenómenos del lenguaje. Pero para Wittgenstein no se puede determinar a *priori* una serie de propiedades idénticas que les pertenezcan a todos. Lo que hay más bien es un “parecido de familia” entre todos esos fenómenos que llamamos lenguaje. (Cfr.: IF, § 66, 67).

3. Por último, pero no menos importante, la metáfora hace referencia a la característica social del lenguaje: La expresión “juego de lenguaje” debe poner de relieve aquí que hablar el lenguaje forma parte de una actividad o de una forma de vida. Para Wittgenstein, es nuestra forma de vida (nuestras preferencias, nuestra manera de socializar con otros, nuestros gustos y necesidades), la que configura la forma que adquirirá nuestro lenguaje.

La forma de vida es el fundamento final, la roca dura de nuestra comprensión lingüística. Es allí donde ninguna explicación puede llegar sin caer en lo paradójico, sin tocar ese tipo de evidencias que configuran nuestra vida desde dentro y que no pueden ser dichas sin caer en lo carente de sentido<sup>6</sup>. El lenguaje, tal como ya habíamos expresado, es una herramienta con la cual atendemos e interpretamos la realidad de nuestra vida; nos permite la construcción de nuestra situación vital. El lenguaje no es una estructura cognitiva, sino parte de nuestra naturaleza en tanto humanos, y en conexión con lo más primitivo de nosotros:

En este punto quiero observar al ser humano como un animal; como a un ser primitivo al que le atribuimos instinto pero no razonamiento. Como un ser en estado primitivo. No nos hemos de avergonzar de una lógica que es suficiente para un modo primitivo de comunicación. El lenguaje no ha surgido de un razonamiento. (SC, § 475).

Sólo en casos tan exageradamente contemplativos como los producidos por nuestro afán científico de explicación donde pretendemos que el lenguaje quede enclaustrado en estructuras formales y cognitivas. En teorías o imágenes que pretenden generalizar fenómenos diversos. Cuando esas imágenes se aíslan de las actividades que les dan sentido, ellas dan la impresión de *representar* cosas: máquinas elaboradas con un material durísimo e inquebrantable que lo permea todo. También se asemejan a jueces sin alma o a leyes implacables que inexorablemente determinan nuestro destino (Cfr.: OFM, parte I, § 117). Hemos sido entonces embrujados por una representación, por una imagen, por un simbolismo, y la tarea de la filosofía es precisamente deshacer el hechizo. La mejor manera de hacer esto se

---

<sup>6</sup> La solución final de Aureliano no es sino reflejo de esta carencia de sentido a la que llegamos cuando pretendemos explicar aquello que se encuentra en el fundamento de nuestro actuar: “Finalmente, como última prevención contra el olvido, pusieron en la entrada del camino un anuncio que decía «Macondo» y colocaron otro más grande en la calle central que decía: «Dios existe».”

puede resumir en el lema metodológico de Wittgenstein: “¡No pienses, sino mira!”.

### **Bibliografía**

- Wright, C. (1994). *Wittgenstein on the foundations of mathematics*. Hampshire: Greg Revivals.
- Stroud B. (1965). “Wittgenstein and Logical Necessity”, en *The Philosophical Review*, Vol. 74, No. 4, pp. 504-518.
- Cowan, J. (1961). “Wittgenstein’s philosophy of logic”, en *The Philosophical Review*, Vol. 70, No. 3, pp. 362-375.
- Dummett, M. (1990). *La verdad y otros enigmas*. México: FCE.
- Frege, G. (1972). *Fundamentos de la Aritmética*. Barcelona: Laia.
- Hacker, P. M. S. (1999). *Wittgenstein on human nature*. London: Phoenix.
- Kripke, S. (1995). *Wittgenstein on rules and private language*. Cambridge: Harvard University Press.
- Moyal-sharrock L. (2003). “Logic in action, Wittgenstein’s logical pragmatism and the impotence of scepticism”, en *Philosophical Investigations*, Vol. 26, No. 2.
- Wittgenstein, L. (1976). *LFM*. Stanford, Harvester: Ed. Cora Diamond.
- Wittgenstein, L. (1987). *Observaciones sobre los fundamentos de las matemáticas*. Madrid: Alianza.
- Wittgenstein, L. (1988) *Sobre la Certeza*. Barcelona: Gedisa.
- Wittgenstein L. (2002). *Investigaciones Filosóficas*. Barcelona: Crítica.